

## Silvana:

Silvana llevaba tres semanas trabajando y estaba contenta. Después de los esfuerzos del certificado de profesionalidad, por fin era una auxiliar administrativa titulada. La bolsa de trabajo le había conseguido una prueba de un mes en una empresa de reformas. Había cogido el ritmo de trabajo en tiempo récord, y su pericia le había puesto un par de guindas delante de su jefe. Llevar control de los cobros y los pagos de cara a prever disgustos en la tesorería y la facturación no tenían misterio para ella, y en cuanto al trato con el cliente, se estaba empezando a acostumbrar a ese tímido coqueteo de los clientes con ella.

Lo cierto es que estaba tan eufórica por el nuevo puesto, por las tareas, por desempeñar sus responsabilidades... que se transmitía una energía amable y alegre que se contagiaba a través del teléfono.

Los empleados de la empresa eran todo sonrisas para ella, y siempre tenían un chascarrillo que compartir en los breves minutos que compartían al principio de la jornada, antes de que todo el mundo abandonase el lugar a bordo de las furgonetas. Se sentía bien, identificada con su trabajo. Desde la oficina, estaba construyendo algo, como si fuera la ingeniera que mantiene un submarino, sabiendo que cada vuelta del cigüeñal era en parte mérito y responsabilidad suya.

— ¿Has llamado al banco?

— Sí. Las chequeras las tienes mañana a las 11, tienes que firmar tú en persona la renovación de la línea de descuento y... ¡ah, sí! Que el 347 que nos habían pedido es una excepción de la Ley de Protección de Datos. Me lo ha dicho Esther, la de la asesoría, que lo ha tenido que consultar en el colegio mercantil.

— ¿Qué tal las previsiones?

— De momento... cuando facture el final de mes te lo digo al céntimo, pero no veo ninguna estrechez a la vista.

— Oye Silvana, ¿tú estás a gusto aquí?

La pregunta le cambió el gesto, como si el techo se hubiera desprendido del edificio y la estancia hubiera quedado a merced de las inclemencias meteorológicas.

— Yo sí.

— Quiero decir —por lo visto, Silvana no era tan buena actriz. El cambio de semblante no había pasado desapercibido—, si tú estás cómoda... tu rendimiento es bueno, me gusta como trabajas, que tomas iniciativa. Yo me marcho a hacer mis cosas y puedo olvidarme de papeles y de la oficina, eres muy autónoma...

Silvana se limitaba a asentir, tensando la mandíbula.

— Estos mamelucos están encantados contigo, y te llevas bien con los clientes. Si tú estás a gusto aquí, me gustaría ofrecerte un contrato directamente indefinido.

Silvana sintió el impulso de saltar encima de la mesa y ponerse a bailar.

— A ver —prosiguió el jefe—, sé que de momento el sueldo es un poco... al estar yo más liberado, puedo coger chapucillas y tenemos más trabajo, y se va a acabar reflejando en los sueldos.

— Por mí, encantada. Estoy muy a gusto aquí, y estoy aprendiendo mucho.

— Pues no se hable más —dijo tendiéndole la mano—. Dejamos que se pase el mes, y la asesoría que se encargue de tu contrato y toda la pesca.

— Gracias.

La sonrisa que se le dibujó le duró días... hasta aquel viernes por la mañana. Era media mañana y Silvana rebotaba de una llamada a otra, con el auricular del teléfono sujeto entre la oreja y el hombro. Entraba su jefe acompañado de alguien más. En cuanto lo vio, se quedó petrificada. Con una sonrisa llena de cinismo, el recién llegado entró al despacho de su jefe. Sólo había una pared de cristal que separaba ambas estancias, así que pudo divisar la mueca de su jefe mientras transcurría su conversación.

— Silvana —dijo su jefe saliendo de su despacho un par de minutos después—.

¿Puedes venir un momento?

El tipo se cruzó con ella en el umbral de la puerta, sin perder esa sonrisa cizañera, llena de veneno. Silvana cerró la puerta a su espalda y reprimió un suspiro.

— Pero, ¿cómo no me dices esto, hombre?

— Decir, ¿qué?

— ¿Eres Saúl?

— No, soy Silvana.

— Pero, ¿antes eras Saúl?

— No voy a responder a eso. Importa que estoy aquí y que puedo hacer mi trabajo.

— Pero que no quiero líos de estos —dijo su jefe—, que esto es una empresa familiar.

— ¿Y yo no tengo familia? ¿Qué he hecho que ofende los valores de la empresa?

— No voy a entrar a discutir. Recoge tus cosas. Estás despedida. No te preocupes, que se te va a pagar hasta el último euro...

Silvana ni le dejó terminar la frase. Salió de allí con su abrigo doblado en el codo y la mirada perdida en el suelo. Al doblar la primera esquina, analizó su postura y levantó la cabeza. Si se reprimía, si se avergonzaba, daría más leña a ese tipo de sonrisas maliciosas. Era el momento de caminar con la cabeza bien alta, bien orgullosa de sí misma.